

ña la primera nacion del mundo; ante el recuerdo de su gloria nos sentimos llenos de orgullo, y casi nos arrepentimos de haber querido rehusar ocasion tan favorable de participar á otros las impresiones vivísimas que hacen latir alborozado nuestro corazon.

España ha sido la primera entre las naciones, dudarle es negar la historia, pasarlo desapercibido una ofensa imperdonable á la verdad y una ingratitude sin nombre que algunos han cometido, pero de la cual han debido sentir remordimientos. España ha debido á la religion cristiana los mas legítimos timbres de su gloria, y así lo siente y así lo comprende el pueblo que tanto ama, que tanto venera esa religion augusta. Si somos débiles pigmeos para juzgar tanta grandeza, concédasenos el privilegio de admirarla respetuosos, de encarecerla, y procurar que la juventud que acude á las aulas de los seminarios sienta toda la importancia de la gran mision que la está confiada, imitando los ejemplos de sus antepasados y secundando sus esfuerzos en pró de la unidad religiosa, del triunfo universal del catolicismo, que seria el bello ideal del progreso humano.

Tal fué en realidad la noble aspiracion de San Isidoro, cuyo elogio, como orador sagrado, para ser completo no debiera hallarse confiado en este momento á nuestras débiles fuerzas. Crecia en edad y en reputacion á la vez; jóven aun, era admirado por la dulzura de su voz y el encanto indefinible de su elocuencia: mas tarde, compartiendo con sus hermanos la fatiga de la conversion del pueblo visigodo, se señalaba hasta el punto de oscurecer su brillo.

No fueron solo las ciencias eclesiásticas objeto de los es-

tudios de San Isidoro (1), poseia en sumo grado, y hacíase admirar en él, la elevacion de Platon, la conciencia de Aristóteles, la elocuencia de Ciceron, la erudicion de Orígenes, la severidad de Gerónimo, la doctrina de Agustin y la santidad de Gregorio: este ilustre Pontífice, habiendo leído una carta de San Isidoro, atendida la elevacion del estilo y el espíritu profético que en ella se respiraba, exclamó:—*Ecce alter Daniel, ecce plus quam Salomon hic!*

Atendida la índole de nuestros estudios, la época mas gloriosa de San Isidoro, como orador, fué la de su apostolado: adiestrado en la escuela, fortalecido en el cláustro, se consagra á la conversion de los godos con todo el ardor de una conviccion profunda, con toda la abnegacion de un mártir, con todo el fervor y el entusiasmo de un misionero: nadie como él secunda los deseos de San Leandro en las comarcas de la Bética, las cuales recorre con constancia atrayéndose la admiracion de todos. «Su voz simpática y elocuente sojuzga y domina todos los espíritus, ora explique los poetas profanos y sagrados, ora esponga los oradores y los filósofos, ora acuda, en fin, á los sagrados libros, para deslumbrar con las centellas de sus pensamientos y abrumar bajo el trueno de su palabra la impiedad de los arrianos. Nadie con mayor de-

(1) El Cerratense dice: «Sicque latinis, græcis, et hebræcis literis instructus, in trivio et quadrivio fuit perfectus: in doctrinis Philosophorum præclarus, divinis humanisque legibus eruditus, suavi colloquio vita et doctrina clarissimus.» Y mas adelante: «Isidorus autem scientia clarus, genere nobilis, corpore pulcher, moribus gravis, eloquentia suavis inter oblatrantes arrianorum frequentitas, nec nimis terretur, nec blanditiis demulcetur; sed fervore caritatis succensus, fulmina divini eloquii ardentia emittebat, quibus, sæventium obumbraba aspectus.» Lo mismo dice el Canónigo de Leon, reimpresso por Arévalo.

nuedo ni con mas copioso fruto aparecia allí donde la defensa era necesaria, ó el ataque y la lucha conveniente.»

No bien fué admitido á las primeras órdenes sagradas, siguiendo á su hermano el Prelado de Sevilla, brilla, como en otro tiempo Atanasio, en los concilios y las asambleas públicas; y semejante al diácono de Alejandría, confunde los argumentos de la mentira y las falsas interpretaciones del error, atrayéndose las bendiciones de los confesores de la fé.

Tales fueron y tan importantes los trabajos oratorios de San Isidoro antes de ser elevado, por muerte de San Leandro, al gobierno espiritual de la metrópoli de Sevilla, que rigió por espacio de cuarenta años como padre, como pastor, como guía, como astro luminoso, como legislador, como hábil diplomático, como protector de las letras, «pasando con notable acierto de la filosofía á la teología, de la jurisprudencia á la historia, de la geografía á la astronomía, de las ciencias naturales á las matemáticas, de las artes á las costumbres; y coronando el edificio de su saber con el estudio de las antigüedades sagradas y profanas, y apareciendo por último cual digno intérprete y depositario de la civilizacion del antiguo mundo... Poseído de tan noble afán, guía de todos sus pasos; enardecido por el estímulo de la gloria y atento al comun provecho de la Iglesia, enseña, espone, comenta, narra, discute, dogmatiza, toma todos los tonos, se dirige á todas las inteligencias, previene todas las necesidades, recorre todos los espacios; y mostrándose infatigable en medio de sus colosales tareas, aspira á perpetuar en el clero la doctrina por él acaudalada y difundida ya entre sus discípulos, asegurando de esta manera el fruto de aquellos dos concilios, memorables en la historia del catolicismo, en que para honra de este, ha-

bia resplandecido no menos la virtud que la ciencia suya y de Leandro.»

La coleccion de las obras de San Isidoro es, segun dice el señor Eguren (1), arca de inestimable precio, que á través de los siglos ha conservado hasta hoy los tesoros científicos de los antiguos imperios de Oriente y de Occidente, los cuales pasarán asimismo en ella á las venideras generaciones.

El exámen de los escritos de San Isidoro, el de la organizacion admirable que supo imprimir á los estudios eclesiásticos en la escuela cristiana de Sevilla, nos llevaria lejos de nuestro propósito en este momento, remitiendo á nuestros lectores acerca de este particular á los diversos trabajos que en las notas hemos citado, y en los cuales se trata con estension de estos puntos, mas propios de una historia de la literatura general eclesiástica, que de la parte que de ella nos ocupamos en este libro, la mas olvidada por cierto, y por lo que la hemos dado y quisiéramos se la diese una gran preferencia.

Supo San Isidoro inspirar un grande amor al estudio á los monges y clérigos de España: el aumento de los manuscritos y la belleza de la escritura fueron asimismo objeto de sus desvelos, «ejecutándose, dice el señor Eguren, con gran perfeccion, en su época, la letra romana liberal, como lo acreditan los preciosos fragmentos que contiene el *códice* Ovetense de la biblioteca del Escorial, manuscrito que hace mirar con desden las ediciones tipográficas de las obras de tan gran Prelado. Quejábase ya de este mal grave el jesuita Burriel al examinar los manuscritos de la Iglesia de Toledo, tan puros, viendo los muchos lugares, particularmente de los libros de

(1) *Memoria citada.*

las *Etimologías*, que habian sido alterados en las impresiones por culpa de los editores. Igual defecto se advierte en la edición de Arévalo, hecha en Roma despues de la muerte del P. Burriel, pues en ella aparece lastimosamente variado lo que San Isidoro escribió, con muy sana crítica, respecto á la revolucion sideral de Saturno y demás planetas.»

San Isidoro no es tan solo un erudito, un literato consumado, un Pontífice celoso, es en realidad un Padre de la Iglesia: su elocuencia, si bien no se asemeja á la de los doctores de la edad de oro de la palabra santa, no es por esto menos notable: San Isidoro es un teólogo de la edad media, que razona y argumenta con las reglas de la escolástica; hállanse en sus escritos un sinnúmero de oportunas consideraciones morales y pensamientos místicos.

A pesar de sus grandes trabajos, de sus estudios y la actividad de su vida, San Isidoro llegó á una edad avanzada: su muerte, acaecida en el mes de abril del año 636, fué la del justo. El nombre de San Isidoro es la síntesis de un gran período en la historia de la literatura del mundo: él reasume las grandes cualidades de sus antepasados, y de él parten como de un astro luminoso las de sus discípulos, émulos y admiradores.

Aun se conservan algunos trabajos ascéticos de San Isidoro, dignos de la mayor estimacion: en ellos se encuentran bellezas de primer orden, y se descubre al orador elocuente aun en la incorreccion misma de que adolecen (1).

Las *Etimologías*, la obra de *Viris illustribus* y la *Historia de regibus gothorum* son sus obras mas notables: «grave y severo, claro y sencillo, se ostenta en sus numerosas obras, hallando siempre, al esponer la doctri-

(1) Edicion de las obras de San Isidoro.—Madrid, año 1778.

na, la fórmula mas adecuada é inteligible, sin que el menor resabio de afectacion altere la naturalidad de su frase, ni el mas leve asomo de oscuridad desvirtúe el efecto producido por su lectura. Como escritor erudito, atiende á dar mayor fuerza y autoridad á sus especulaciones con el auxilio de la filología, prefiriendo entre todas las lenguas la griega, con lo cual muestra á menudo la índole de sus estudios y educacion literaria.»

Cuanto podamos decir de los discípulos de la escuela cristiana de [Sevilla posteriores á San Isidoro, parecerá pálido al lado del elogio merecido que de tan ilustre Prelado acabamos de hacer: sucede, sin embargo, que la vivisima claridad que en torno suyo esparcen esos grandes ingenios, se percibe durante mucho tiempo y alumbra los senderos que ellos trazaron. Semejante la vida intelectual de los pueblos á la vida real, ni decrece ni progresa de un solo golpe, camina en grados sucesivos; no pasa nunca repentinamente de la civilizacion á la barbárie, de la luz á las tinieblas; leccion provechosa que muchos olvidan, precipitando indiscretos los sucesos, y causando grandes perturbaciones que detienen la marcha de la humanidad.

Son muchos los discípulos de la escuela de Sevilla dignos de recuerdo especial (1); pero no todos se distinguieron como propagadores de la doctrina cristiana desde la cátedra del Espíritu Santo: San Ildefonso, San Julian, Arzobispo de Toledo, y Valerio Abad, son los que durante este período conquis-

(1) Redempto; Braulio, célebre en los Concilios V y VI de Toledo; Máximo, Obispo de Zaragoza, antes nombrado; Conancio, Obispo de Palencia; Fructuoso, Eugenio, Donadeo y Bonelo; Eufemio, Adelfio, Exuperio, Eladio y Justo, entre otros, son los Prelados, escritores insignes, literatos é historiadores á que principalmente nos referimos.

tan la fama de oradores sagrados, debiendo de ellos ocuparnos, siquiera sea ligeramente, antes de terminar este capítulo.

SAN ILDEFONSO, nacido con particular talento para el púlpito, de prodigiosa memoria, de ingenio vivo y erudicion vastísima, tuvo por maestros á Eugenio y á Isidoro: concurrió á los concilios VIII y IX de Toledo, como abad del monasterio Agaliense, y contra su voluntad aceptó la mitra de Toledo, que unánimes el pueblo, el clero y el monarca Receswinto pusieron sobre su cabeza (1).

Dejando á otros la grata tarea de encomiar sus escritos (2), y á fin de no dar mayor estension á nuestra obra que la necesaria, para que llene su objeto en lo que penda de nuestra voluntad y buenos deseos, vamos á ocuparnos desde luego, y prescindiendo de otros datos biográficos de todos conocidos, del carácter especial de la elocuencia de San Ildefonso, verdadero torrente que se precipita rápido arrollando á sus enemigos, y escediendo, segun Juliano, los limites de la naturaleza (3).

Una de las heregias mas repugnantes y vergonzosas, uno

(1) *Esp. Sagr.*, tomo V., cap. 4.

(2) Véase la *Hist. Crist. de la lit. Esp.*, tantas veces citada, y de la cual nos hemos servido con grandísimo fruto para escribir este capítulo.

(3) «Ildephonsus memoria sui temporis clarus et irriguis eloquentiæ fluminibus exornans sæcula ætatis nostræ.... fuit sapientiæ summus disserendi ingenio clarus, eloquendi facultate præcipuus linguæ flumine copiosus. Tantoque eloquentiæ cothurno celebris habitus, ut disputationum ejus profusa oratio, dum perfecte dirigitur, merito non homo, sed Deus per hominem eloqui crederetur.» *In Ap. ad lib. Sanc Isid.*

de los miserables recursos del error para desvirtuar el prestigio de la religion, en lo que tiene de mas poético, de mas bello y consolador, que es el culto de Maria, fué la doctrina de Helvidio y de Joviano, propalada en el siglo IV y reproducida en la época de San Ildefonso: este insigne doctor y esclarecido Príncipe de la Iglesia, se sintió herido en lo mas íntimo y santo de sus creencias, y encendido en ardoroso entusiasmo, salió al encuentro de sus enemigos, los anatematizó desde la cátedra, pulverizó sus sofismas, y no satisfecho aun, compuso un libro *De perpetua Virginitate Sanctæ Mariæ*, capaz por sí solo de inmortalizar su nombre.

«Con la imaginacion de un poeta que habia pasado su juventud bajo el cielo espléndido de la Bética, y con la razon de un filósofo que durante la edad viril habia vivido en el retiro del cláustro consagrado á la enseñanza, ostentó Ildefonso en aquella peregrina obra el impetu fogoso de Eugenio y la severidad lógica de Isidoro. El entusiasmo que mueve su pluma, dando á su acento una entonacion elevada, comunica á su frase extraordinaria riqueza, y prestando notable precision á sus ideas, infunde á su lenguaje cierta manera de imperio, que ejercido al par sobre la razon y el sentimiento, hace irresistible su elocuencia.»

Júzganle por esto propios y estraños del mismo modo, alábanle con entusiasmo, ensalzan la flexibilidad de su talento, ofreciéndole como modelo perfecto de energia, de valor, de fuerza, de conviccion, digno de ser imitado.

He aquí la manera irresistible con que combate las doctrinas de Helvidio y Joviano, obligándoles á salir de sus tumbas, para comparecer ante su presencia:

«Cuando el espíritu de Dios (decía á Helvidio, rebatidos ya los extravíos de Joviano) predijo estas cosas por los Profetas, las afirmó por los Doctores, las defendió por los autores de la verdad y las consolidó por la eternidad de los siglos. ¿Por qué tú, inventor de nuevos errores, torpísimo calumniador, por qué con tanta necedad las difamas? ¿Qué osas decir, caos de locura, qué intentas murmurar, qué piensas balbucir, para demostrar que aquella morada de Dios en el seno virginal, aquella corte del Rey de las virtudes, clarísima con el brillo del pudor, aquella mansión de la honestísima carne del Emperador de las cosas celestiales, lugar glorioso de aquel Dios, á quien no comprende toda la diversidad de lugares, despues de la generacion de Dios, despues de la encarnacion del Verbo, despues de la Natividad del Señor, despues del nacimiento del Salvador, engendrara de carnal varon prole de carne perecedera?...

¿El lugar de vida, con germen de mortalidad, produciria miembros que habian de morir?... ¿El huerto cerrado, que llevó solamente la flor de la peregrina virginidad, produciria el abrojo de las espinas mortales?... ¿De la fuente de vida, sellada con el virginal parto, brotaria el cieno del matrimonio?...

Pido, pido á Dios que el sepulcro de su boca sea atormentado por el dolor; que cierre sus dientes firme candado; que llene la inmovilidad de su lengua la caverna de su boca; que la crasitud del aliento pegue los extremos de sus labios, para que no salga fuera el hedor de tales palabras, ni se respire el olor de esta compañía, ni se escuche el anhélito de esta habla....»

La elocuencia varonil de San Ildefonso hiere el ánimo y sorprende la imaginacion; era entonces precisa y lo será siempre para destruir el cinismo de los que ponen sacrilega su lengua contra los dogmas de la fé y las doctrinas católicas.

Sin la energía, sin el vigor de los PP., el imperio del error hubiese sido mas duradero; despues de ellos los Prelados les han imitado sacando á salvo el sagrado depósito de la tradicion y la doctrina que les está conñado.

La debilidad, la contemplacion con los enemigos de la Iglesia, es impropia de valerosos soldados de Cristo: en el púlpito, toda debilidad parece cobardía, toda transicion en lo que no es, ni ha sido, ni será nunca transigible, contribuye al desprestigio del orador, desvirtúa sus consejos y hace estériles otras buenas cualidades.

Hay demasiado orientalismo en los discursos de San Ildefonso: emplea con frecuencia antítesis y amplificaciones simétricas, que en opinion de un crítico, terminan por imprimir cierto amaneramiento y estraña verbosidad á sus composiciones, produciendo confusion en las ideas y falta de purismo en el lenguaje.

San Ildefonso murió el año 667.

SAN JULIAN, tercer Arzobispo de este nombre que ocupó la silla de Toledo, se señaló en el glorioso período de la historia literaria de España que nos ocupa, por su elocuencia, por sus virtudes, por sus trabajos; siendo acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los esclarecidos varones de quienes debíamos hacer un elogio especial.

Guárdanse principalmente los testimonios irrecusables del mérito de San Julian en las actas de los concilios XI y XV de Toledo, en las obras que nos ha legado (1) y en la opinion de

(1) Las obras que cita y elogia San Félix, son: un libro *De Remediis blasphemiarum*; otro de *Epistolas*; otro de *Himnos*, epitafios y epigramas; otro de *Sermones*, entre los cuales se contaba el opúsculo *De vindicatione domus Dei*; otro *De sententiis*; otro contra *Julianum*

cuantos han escrito acerca de esta época, dentro y fuera de España: es, pues, su fama universal, no puesta en duda jamás.

«Poeta, orador, historiador, filósofo y teólogo, recorre con igual brio todas las sendas abiertas por sus maestros; y reflejando, como ellos, la luz de las letras sagradas y profanas, recoge en todos los terrenos envidiables laureles: y si á la crítica literaria no le es dado hoy saborear desgraciadamente los sazonados frutos de su musa, si llora la Iglesia como perdidas no pocas de sus mas celebradas producciones, admira esta en las que han llegado á nuestros dias, la profundidad y estension de su doctrina, ya interprete y concuerde las Sagradas Escrituras (1); ya defiende contra los judíos la integridad del dogma y el cumplimiento de las profecías (2); ya, en fin, revele y explique los misterios de la eterna vida, bosquejando con vigoroso pincel el portentoso cuadro de la resurreccion de la carne (3). La crítica literaria,

*hæreticum*; otro *De divinis indiciis*; otro *De responsionibus*; otro de *Misas* para todo el año, y otro de *Orationes* para todas las festividades de la Iglesia de Toledo. *Collet. SS. PP. Tolet.*, tomo II, pág. 18 y siguientes. Despues se le ha atribuido sin fundamento la *Chronica Regum Wisogothorum* y algunos versos que recogieron tambien los editores de la *Coleccion Toledana* y publicaron como obras supuestas. Sensible es, en efecto, como dice el señor Amador de los Rios, que un escritor de nuestros dias tan diligente y entendido como Mr. Rosseeuw Saint-Hilaire, cite en su *Hist. d'Espagne.*, lib. II, cap. I, pág. 337, al referido *Cronicon* como fuente histórica digna de crédito, adjudicándola á San Julian.

(1) *Antikeimenon*, libri duo, pág. 153 del mismo tomo; *Comentarium in Harum propheta*, pág. 262.

(2) *De comprobatione sextæ ætatis*, libri tres. Esta obra, dirigida á Ervigio, fué sin duda escrita despues del XII concilio de Toledo, habido en 681.

(3) *Prognosticon futuri sæculi*, libri tres, pág. 10 del referido tomo y coleccion.

sin apartar la vista de estos preciosos libros, donde contempla á Julian como espositor y controversista, tiénese tambien por afortunada con poseer algun fruto de su elocuencia, reconociendo al propio tiempo las escelentes cualidades que le distinguen como historiador; principal titulo que le conquista señalado lugar entre los varones ilustres de España (1).»

Dé tal manera se espresa uno de los críticos á quienes mas de cerca hemos seguido, al estimar la escuela de Sevilla y la de Toledo, á la que mas principalmente pertenece San Julian: Mariana dice de este ilustre escritor, que tenia un ingenio fácil, copioso y suave; y D. Nicolás Antonio ensalza el primor y la elegancia de sus trabajos. La verdad es que sus composiciones se resienten en cuanto á la forma del mal gusto que ya comenzaba á reinar, del latin adulterado que mas tarde se observa en los pocos escritos que la tradicion ha conservado.

San Julian murió el dia 6 de marzo del año 690.

VALERIO ABAD, que durante cuarenta y dos años permaneció en el desierto dedicado al estudio, á la reproduccion de la *Sagrada Escritura* y otros libros, fué por último consagrado Abad del célebre monasterio de San Pedro de Montes, donde adquirió gran nombradía por sus grandes dotes de virtud y de ciencia.

«Cuando exaltada su fantasia con el espectáculo de la celestial morada, que no podia ser revelada por su lengua ni aun concebida por su mente, descendia de nuevo á la tierra para descubrir á los hombres tan inefables misterios, poseido del ardoroso entusiasmo que agitaba su espíritu, pedia sus

(1) Señor Amador de los Rios.